

Esto es lo que tenemos

Luis García Trapiello

LAS PALABRAS escritas se exhiben planas en este papel que las soporta. Puedes darles riqueza con la forma de sus líneas, con el cuerpo que las determina, pero siguen planas.

Intentas jugar con todas ellas, buscando sustantivos redondos, adjetivos sonoros, verbos que insinúan, afirmen o impresionen. Pero las palabras escritas siguen siendo planas. Si quien escribe es habilidoso, puede incluso conseguir que en el lector resuenen sus significados, que quien las esté leyendo entienda estructuras que en su interior revuelven sentimientos, que hagan que nazcan en él pensamientos. Pero siguen siendo planas.

Sin embargo la palabra dicha es todo lo anterior más algo más: la vida del tono. Con él mostramos al otro que lo que decimos nos lo creemos; que lo que le contamos, lo hemos vivido; que lo que le declaramos, nos hace temblar el cuerpo. Ese tono es, pues, la forma, el cuerpo y el alma de la palabra. Y esto último es lo que le falta a la palabra escrita.

Pues bien, algunos de nuestros políticos socialistas hablan que ni escriben en el aire las palabras que pronuncian. A nuestra vicepresidenta primera le pueden preguntar si es cierto un disparate que le imputan, que ella, rompiendo la oración en sintagmas de composición aleatoria, responde con palabra escrita, plana. No hay vida en la respuesta y por eso, aunque contenga la mayor de las verdades, la más evidente, no convence a nadie. Porque la ausencia de tono vivo, seguro, nos habla de que no se cree en aquello que se dice.

¿Nadie les ha dicho a nuestros políticos de izquierda que no se puede decir bla--- bla, bla--, bla----... sino que hay que decir, sintiéndolo, seguros, bla, BLA, bLa, BIA...?